



2 – TERESA

TERESA

Es una tarde de un caluroso día del mes de junio del año 2030.

Una mujer está entrando por la puerta de los Servicios Funerarios de Barcelona, situados en el denominado sector de la Puerta del Mar (antes Poble Nou).

Seguramente su edad estará entre los setenta o los setenta y cinco años, pero no los aparenta. De complexión fina, tiene un cuerpo esbelto y camina con una elegancia particular que la hace más joven.

Su rostro tiene una hermosura serena y hace unos años tenía que haber sido, sin duda, de una belleza excepcional.

Los cabellos, de tonos plateados y recogidos detrás con un impecable peinado, dejan entrever todavía unos reflejos dorados, de un color especial, como de ámbar.

Lleva un precioso vestido de tonos pastel y se cubre con una fina chaqueta de punto, clásica (lo que hace años se conocía como una "rebeca"), con una naturalidad sencilla y armoniosa. Un fular floreado y unos zapatos de tono claro, con algo de tacón, acaban de componer un conjunto perfecto.

Cubre su cara con un discreto maquillaje, y al caminar desprende un suave y fresco perfume.

Unos hombres que pasan por su lado no pueden evitar volver la cabeza para contemplarla.

Camina con ligereza para su edad y se apoya en un sencillo bastón.

Se acerca al mostrador y pregunta: «Perdón, ¿podrían indicarme el velatorio donde descansa el cuerpo de...?» Una vez recibida la información, camina con diligencia hacia donde le han indicado.

Llega al sitio y duda... pero sólo un instante. Entra y se queda en el dintel de la puerta. Diez pares de ojos se vuelven hacia ella:

ojos llorosos, tristes, indiferentes y hasta aburridos, como suele ocurrir en estos casos. Ella habla con un suave y dulce tono de voz, como si no quisiera molestar. «Buenas tardes. Perdonen, ¿es aquí donde se encuentran los restos de. . .?» Nadie acierta a contestar, pero un casi imperceptible movimiento de cabeza le indica que sí, que no se ha equivocado.

Mientras señala hacia el interior pregunta de nuevo: «¿Podría pasar?... ¿Les molesta si paso un momento?» Las caras demuestran más sorpresa si cabe. No saben qué decir a aquella persona a la que nadie conoce. Al fin, una mujer que permanece sentada allí dentro se decide a hablar: «Sí, señora, por favor, faltaría más... pase, pase.» «Gracias, muchas gracias.»

Pasa con decisión, entre una doble hilera de caras expectantes, hasta el fondo. Allí, encima de una especie de mesa metálica, se encuentra una caja de material sintético (hace ya muchos años que no se utiliza la madera para las cajas de los difuntos), con un cuerpo dentro, esperando sin duda el momento de la incineración.

Se acerca con recelo, como dudando... y mira.

Aquella cara demacrada por el sufrimiento y llena de arrugas no es desconocida para Ella.

Aquellos ojos, ahora cerrados, esconden el tesoro de miradas de amor profundo y silencioso, miradas tiernas, miradas furtivas, miradas de complicidad que ella buscaba con delirio, hace ya muchos años.

Aquella boca, con labios pálidos de muerte, es la misma boca que pronunciaba frases de cariño, de amor y sentimiento como nunca más ha oído. Aquella boca que sabía como nadie los más profundos secretos de su cuerpo cuando la llenaba de caricias inolvidables e irrepetibles. Aquellos labios con sabor a fruta y ambrosía que se fundían con los suyos en besos largos e inmensos, llenos de pasión y de ternura.

Es él... sin duda alguna, es él.

Y entonces, de golpe, aquella certeza la llena de angustia, le rompe el corazón con un dolor insoportable y le inunda el alma con una sensación de vacío, con un sentimiento de pérdida irreparable.

Y Ella, que se ha prometido ser fuerte, que se sabe llena de un carácter firme, que se ha dicho y repetido que no lloraría... llora.

Dos lágrimas resbalan sobre sus pómulos rosados y llegan hasta su boca.

Con discreción y presteza, saca un pequeño pañuelo y se seca suavemente.

La sensación de tristeza, de desamparo, de dolor y de vacío es tan fuerte que está a punto de desmayarse.

—¿Se encuentra bien, señora ?— Aquella voz, la voz de la misma mujer que le ha hablado antes, la hace reaccionar.

—¿Eh? Oh, sí...sí, me encuentro bien, gracias... Es que... hace tanto calor fuera... y la temperatura aquí es tan baja... Estoy bien. No se preocupe. Muchas gracias.

La otra mujer, conmovida por el inmenso dolor de aquella persona que no conoce, se retira discretamente.

Entonces Ella acerca dos dedos de su mano derecha a sus propios labios y deja en ellos un beso, el último beso, el más triste, el más sentido... y poco a poco lo deposita sobre los labios de aquel hombre muerto, al que tanto y tanto ha querido.

Después, lentamente y en voz muy baja, empieza a rezar: Padre nuestro que estás en los Cielos...

Las sagradas palabras van desgranándose, como pidiendo perdón para él y para Ella por aquello que hicieron hace ya muchos años. Y recuerda... Recuerda cuando él le decía que aquello no era pecado sino una bendición del Señor.

Acabada la oración, acaricia con ternura los pocos cabellos blancos que quedan sobre la frente de aquel hombre, los toca y los arregla, como hacía entonces después de haber llegado juntos a las más altas cimas de la pasión, aquellas a las que sólo el amor verdadero puede llevar.

Sin embargo, sabe que tiene que irse. Se arregla un poco más el rostro y con decisión se encamina a la salida.

Allí continúan los mismos pares de ojos, las mismas caras de sorpresa... pero Ella no se detiene.

Al llegar a la puerta de salida del velatorio, se para un momento y lentamente vuelve la cabeza: «Muchas gracias... Yo también les acompaño en su dolor... Y perdonen mi atrevimiento.»

Y sale, con dignidad, con serenidad... pero también con un dolor tan terrible que no es posible ocultar.

Una vez ya en el pasillo, oye detrás suyo una voz que la llama: «Señora, señora, un momento, por favor.» Ayudada por su pequeño bastón, Ella se detiene y mira hacia atrás. Es la misma mujer que antes le ha hablado, de unos veinticinco o treinta años de edad, piel clara y una expresión juvenil teñida con un rictus de tristeza en su rostro.

—Señora, ¿de verdad se encuentra bien? ¿Quiere que la acompañe?

—No, gracias, niña— sonríe un poco ante aquella palabra tantas veces escuchada en boca de su amado—. Estoy bien. No hace falta.

—Perdone, pero ¿usted conoce..., o mejor dicho, conocía a mi padre?— Ella se queda mirando a aquella mujer. Quisiera abrazarla y besarla, pero no puede... no es posible.

—¿Tu padre?... Entonces... ¿tú eres su hija, Teresa?

—Sí, pero ¿cómo sabe usted mi nombre?, ¿la conozco yo, señora?

—No, pero tu padre hablaba siempre de ti... Te quería mucho tu padre, te adoraba.

—Sí, señora, ya lo sé, y yo también a él...— Unas lágrimas asoman a sus ojos, pero reacciona.— Pero ¿cómo es que usted conocía a mi padre?... No acabo de recordarla.

—Bueno, hace ya muchos años colaboré con él durante un tiempo, en su despacho, como traductora... Allí lo conocí. Tu padre era muy querido por todos.

La otra mujer duda pero, al final, se decide:

—Perdone, pero allí dentro la he estado observando y... en fin, he visto una pena tan profunda en usted, un sentimiento de dolor tan grande, mucho más grande que en cualquiera de nosotros, que... perdone si le parezco impertinente, pero me ha parecido ver en usted algo más que una simple compañera de trabajo.

Ella se la queda mirando unos instantes. Luego, le coge las manos con delicadeza. Sabe que tiene que hablarle; está aquí para eso.

—¿Sabes, Teresa? Tu padre decía siempre que no hemos de tener miedo en expresar nuestros sentimientos, porque ellos son los únicos amigos que no nos abandonan nunca en la vida... También me decía que estaba convencido de que tú eras la única persona que, llegado el caso, serías capaz de comprenderle...

Lentamente, Ella pone su mano en el bolsillo y saca lo que parece ser una carta, delicadamente doblada y atada con un lazo. Con una ternura infinita, pone el papel entre las manos de la persona que tiene delante: la hija del hombre al que ha amado como nadie en su vida.

—Toma, lee esto. Pero léelo muchas, muchas veces antes de llegar a cualquier conclusión. Porque está escrito con el corazón, y las cosas escritas así son a veces muy difíciles de entender. Sólo te pido un favor: no lo abras hasta que yo ya esté muy lejos de aquí... Y otra cosa: intenta perdonarnos. No hicimos daño a nadie y no puedes ni imaginarte lo felices que llegamos a ser.

Después, lentamente acerca sus labios al rostro de la sorprendida Teresa y deposita dos delicados besos en sus pómulos.

Da la vuelta y reemprende su camino. Se la ve más envejecida, rota por el dolor, pero liberada del secreto más grande de su vida y llena por el recuerdo de un pasado maravilloso.

La otra mujer continúa mirándola aturdida hasta que desaparece de su vista.

Luego baja los ojos hacia el papel envuelto en un lazo de color azul y lo observa largo rato entre sus manos. Sin duda es antiguo, porque hace ya tiempo que no se utiliza papel como aquél para escribir.

Suavemente, como si temiera descubrir el secreto que encierra, suelta el nudo y desdobla las hojas.

Una pequeña cartulina se desliza de entre los pliegues y cae al suelo. Se agacha a recogerla y la observa. Es una fotografía; mejor dicho, una copia en blanco y negro de una vieja fotografía. Es aquella mujer cuando era más joven, no hay ninguna duda.

La excepcional belleza de aquel rostro la conmueve... Igual que conmovió a su padre hace ya muchos años, aunque ella nunca lo ha sabido.

Después vuelve la vista a las hojas y enseguida reconoce la pulcra caligrafía de su padre.

La carta está escrita en el sistema gramatical antiguo y no con el modelo críptico actual, nunca aceptado por su padre. Según él, la nueva forma de escribir era para las máquinas pero no para el hombre.

Se acerca a un banco vacío que hay en el pasillo y se sienta. Intuyendo la importancia de lo que tiene entre las manos, empieza a leer:

Querida hija mía:

Cuando recibas este escrito, yo ya habré muerto. Te lo dará una persona, una mujer, a la cual tú no conoces. Esta mujer ha sido alguien muy importante para mí y también para ti, aunque tú no lo sepas. No sería, pues, justo ocultarte la verdad, mi verdad.

He vivido más de la mitad de mi vida con una muy buena mujer, mi esposa, a la que tú no llegaste a conocer. Ella ha luchado por nuestra familia, me ha querido siempre y me dio apoyo y compañía mientras vivió.

Con ella tuve dos hijos, tus hermanos mayores, y siempre intentó darme, a su manera, lo que ella consideraba lo mejor para nuestra familia.

Pero un día conocí a otra persona, a una mujer. La misma mujer que te ha dado el papel que tienes entre las manos. Y entonces mi vida cambió por completo.

Te juro por Dios que Ella no tuvo ninguna culpa. Fui yo y solamente yo el que la sedujo hasta atraerla a la red de un amor que nos dio los días más felices, pero, también, los sacrificios y renunciaciones más grandes de nuestras vidas.

Nunca antes se me había pasado por la cabeza algo así, y ya puedes imaginarte que por mi situación social y profesional ocasiones las hubo... y muchas. Pero no valía la pena.

Pero Ella es distinta: es una mujer fuerte, dulce, sacrificada y con un carácter extraordinario. Una mujer que ha sufrido continuamente en la vida, por amor; que ha dado siempre mucho más de lo que ha recibido y que nunca desesperó de encontrar al hombre que pudiera hacerla feliz. Curiosamente, este hombre he sido yo. Sin buscarlo, sin proponerlo, sin prepararlo... Así, sencillamente.

Hemos vivido, durante muchos años, nuestro amor en silencio. Un amor de miradas, de furtivos encuentros, de renunciaciones y sacrificios que hubieran hecho tambalear cualquier otra relación. Pero no la nuestra.

Porque lo nuestro no ha sido un capricho, sino un amor verdadero y sincero, que nos llegó en la madurez y que ha sido capaz de generar un sentimiento de respeto y, al mismo tiempo, una pasión tal que dudo que haya existido nunca algo parecido entre un hombre y una mujer.

Ella ha sido mi inspiración, mi compañía, mi consejo, mi equilibrio y, a veces, mi locura, durante años. Con ella era inmensamente feliz. Pensando en ella he conseguido mis mejores obras y mis estímulos más positivos, mis más brillantes ideas y mis más atrevidos logros profesionales.

Y los más maravillosos momentos de mi vida. Algo que no puedes ni imaginar y que desde luego yo no soy capaz de explicar con palabras.

No he considerado ni por un momento que la nuestra haya sido una relación adúltera, porque en los casi quince años que nos hemos amado no habremos estado juntos, considerando todos los momentos, por breves que fueran, quizás ni un par de meses, y ni por un momento he dejado de cumplir con mis obligaciones como profesional y como padre de familia.

Yo siempre quise a mi esposa como madre de mis hijos y la respeté en todo momento como mujer y compañera, aunque nunca estuve enamorado de ella.

No puedes ni imaginarte la renuncia y el sacrificio tan grande que esto ha supuesto para mí. Pero Ella nunca quiso hacer daño a los míos.

Le pedí y le supliqué que formalizáramos nuestra relación y que viviéramos juntos, pero siempre obtuve la misma respuesta: no es posible, haríamos daño a mucha gente, mejor esto que nada, no podemos hacer sufrir a los demás...

Así un año tras otro, con un amor cada vez más fuerte y un deseo de estar con Ella a veces tan incontrolable que me ha llevado en ocasiones al borde del derrumbe moral y del suicidio. Sólo el recuerdo de su amor me sacó del pozo y me salvó la vida.

Una vez muerta mi esposa, yo estaba convencido de que podríamos acabar nuestros días juntos, porque Ella ya hacía tiempo que vivía sola.

No fue así. Nos vimos más y estuvimos más tiempo uno junto al otro, pero Ella siempre me decía lo mismo, como si no se considerase merecedora de ocupar el sitio de otra persona: no es justo ocupar el espacio de tu esposa; no soy la madre de tus hijos, no me lo merezco, no podemos, no está bien, Dios no nos lo perdonaría...

La verdad es que yo estaba desesperado y aturdido. No llegaba a comprender, en aquel momento, que Ella sólo quería mi amor. Con esto era feliz y con esto se conformaba. Después, con el paso de los años lo vi claro, pero ya la había perdido.

Pero un día tuve una idea. Nuestro amor era tan grande que no podía acabar al terminar nuestras vidas o cuando se rompiera nuestra relación.

Teníamos que dejar un recuerdo. Un recuerdo vivo que le enseñara al mundo nuestro sentimiento, nuestro amor... nuestro sacrificio. Alguien que en el futuro fuese ejemplo del único y verdadero amor entre un hombre y una mujer.

Este alguien eres tú, hija mía.

En una de nuestras furtivas relaciones, poco después de haber perdido a mi esposa, en uno de aquellos escasos días en que podíamos vernos y entregarnos mutuamente, cuando nuestro amor estallaba en oleadas incontrolables y maravillosas, no tomamos ninguna precaución y Ella concibió de mí.

Fue algo totalmente voluntario y compartido. Era el legado de nuestro inmenso amor, para que no muriera con nosotros.

Aquello le costó a Ella el repudio de su familia y un sinfín de problemas que afrontó como hacía siempre, con una fortaleza extraordinaria y una resignación increíble. Yo estuve constantemente apoyándola, pero en silencio, discretamente.

Ella no habría consentido en hacer las cosas de otro modo. Cuando le insinué que dijéramos la verdad de la situación, que me comprometería realmente con Ella, me amenazó con abortar.

Me dijo que si decía la verdad, no tendría a nuestro hijo. Y te aseguro, hija mía, que habría sido capaz de cumplir su promesa, pues estaba convencida de que aquello hubiese arruinado mi vida. Después de un embarazo doloroso y un parto complicado debido a su edad, acabamos de completar el plan que habíamos preparado. Utilizando mis influencias, conseguí la adopción de la niña que nació de nuestro amor. Esta niña eres tú. Y llevas su precioso nombre: Teresa.

¿Y Ella?... Desapareció discretamente de mi vida, con sencillez, con serenidad. Sin reclamar nada ni protestar por nada. Se consideraba bien pagada por el amor y el cariño que había recibido durante tantos años.

Esto te puede dar una idea de la clase de mujer que es tu madre.

Cuando ibas creciendo y notaba en ti este mismo carácter, esta belleza exterior e interior, esta bondad y esta alegría de vivir,

lamentaba mil veces no haber tenido la oportunidad de conocerla años atrás.

Ahora, cuando escribo esta nota, hace ya más de veinte años que no sé nada de Ella. Me noto enfermo y cansado, y sé que estoy al principio de una agonía que no sé lo que puede durar.

A través de un amigo común intentaré hacerle llegar esta nota para que Ella misma te la entregue el día en que yo ya no esté.

Si algún día la lees, intenta perdonarnos. Nuestro amor fue algo maravilloso, pero lleno de sacrificios y renunciaciones.

Nunca quisimos hacer daño a nadie.

Como Ella decía siempre: «No puede ser, no podemos hacer daño a nadie. Así está bien, mejor esto que nada; debemos tener resignación... sólo así Dios nos perdonará.»

Te hemos querido siempre, hija mía. Perdónanos.

Las lágrimas han aflorado a los ojos de Teresa.

Al conocer el inmenso amor que unió a su padre con aquella mujer y el tremendo sacrificio que padecieron por causa del mismo, el corazón se le llena de tristeza. Una tristeza profunda e inconsolable.

Se levanta y, con un instinto incontrolable, corre hacia la salida del edificio sin importarle las miradas de curiosidad que levanta a su paso.

Llega a la puerta principal y mira con desesperación. Sale fuera y contempla la calle medio vacía.

Se ha ido... Aquella mujer, su madre, ya no está. Ha desaparecido con el mismo silencio, sacrificio y resignación con los que quiso a su padre y por los que entregó su vida al único y verdadero amor.

Sabe que no la verá más y una sensación de impotencia la invade.

Lentamente, vuelve a entrar en el recinto. Se para un momento y contempla la vieja fotografía de su madre, joven y llena de belleza, con los ojos radiantes de amor y de felicidad.

De pronto una voz la saca de sus pensamientos: «Señora, perdone, ¿se llama usted Teresa?» Uno de los empleados del centro está junto a ella. Teresa asiente lentamente con la cabeza.

«Tenga, por favor. Esta nota me la ha entregado una señora que ha salido hace un rato.»

Se acerca y con un murmullo de agradecimiento coge el pequeño papel que le entregan.

Y allí, de pie, entre la multitud pero sola, lee por primera y última vez lo que le ha escrito su madre:

Querida hija Teresa:

Soy muy feliz por haber podido estar junto a ti, aunque sólo fuera unos minutos.

Han sido muchos años de renuncia. De observar en silencio cuando ibas al colegio, o cuando salías a pasear de la mano de tu padre.

Yo estaba siempre allí, pero no podía acercarme, ni abrazarte, ni besarte... Simplemente era feliz contemplándote.

Tu padre me insistió una y mil veces para que compartiéramos nuestras vidas. Era una extraordinaria persona y el único hombre al que he amado en mi vida. Sin duda hubiéramos sido muy felices. Pero no podía ser.

Tú has nacido del más puro y hermoso sentimiento que puede haber entre un hombre y una mujer: el único y verdadero amor. Un amor sincero y sacrificado, lleno de angustia y de renunciaciones, que hemos mantenido tu padre y yo durante muchos años. Un amor que iba creciendo día a día, hasta unos límites que no puedes llegar a imaginar.

Pero nuestro amor ha sido silencioso, furtivo y discreto porque, de lo contrario, hubiese hecho daño a muchas personas y, sin duda, habría acabado con la carrera de tu padre. Y esto, hija mía, yo no me lo habría perdonado nunca.

Cuanto más grande era nuestro amor, más grande era nuestro sacrificio; cuanto más fuerte era nuestra pasión, más fuerte tenía que ser nuestra renuncia. Sólo así Dios podría perdonarnos.

Estoy segura de que Él ya lo ha hecho... Hazlo tú también, hija mía.